

# ENTRE NOSOTRAS, LA LIBERTAD

Chitra Banerjee Divakaruni

Traducción: Julián Sosa



VIDIS  
HISTÓRICA

# Primera parte

Agosto de 1946

AQUÍ HAY UN RÍO COMO UN DELGADO CORDÓN DE PLATA, aquí hay un pueblo rodeado por campos verdes y dorados de arroz, aquí hay una brisa con el aroma de los dulces juncos, aquí hay un balcón de mármol de una antigua y majestuosa mansión con guardias en sus puertas de hierro y sirvientes que llevan bandejas de exquisiteces por las escaleras, aquí hay un hombre y una mujer en sillones tallados de teca. Aquí está el país que lo alberga todo.

El río es el Sarasi, el pueblo es Ranipur, en Bengala, la mansión pertenece a Somnath Chowdhury, un zamindar. Juega al ajedrez con Priya, la hija de su mejor amigo, Nambakumar Ganguly. El país es India, el año es 1946, el mes es agosto. Todo está por cambiar.

## CAPÍTULO UNO

### Priya

PRIYA CAPTURA EL ALFIL DE SOMNATH CON SU CABALLO Y lo mueve contenta de un lado a otro.

—No viste venir eso Kaku, ¿no? —Somnath se inclina sobre el tablero, farfullando por lo bajo, aunque complacido en secreto. Le enseñó a jugar hace diez años cuando ella tenía ocho; sus victorias también son suyas.

Somnath lleva puesto su kurta de algodón y se puede ver el destello dorado de los botones en su cuello. Nadie creería que es el dueño de casi todos los campos de Ranipur, una empresa naviera y una hermosa mansión en Calcuta. De todas maneras, su casa en el pueblo sigue siendo su residencia favorita. Priya está segura de que es porque no tiene un oponente de ajedrez digno en la gran ciudad.

Ella lleva puesto el sari barato que visten casi todas las chicas de la aldea, su rostro risueño está enmarcado por algunos mechones de cabello rizado que se escaparon de su trenza. Nadie adivinaría que, en el fondo de su corazón, esconde un sueño secreto, prohibido.

Los sirvientes ponen la comida en las mesas de mármol. Sharbats de limón en vasos de plata, tres tipos diferentes de caramelos de leche, pakoras humeantes de flores de

calabaza, pistachos y pasteles de fruta enviados desde Calcuta. La culpa se asienta como una punzada en Priya. Su madre y sus dos hermanas estarían comiendo arroz inflado y azúcar sin refinar en su casa, comida de campesinos. El dinero siempre fue escaso en la casa de los Ganguly. Nabakumar, un destacado médico con consultorios en Ranipur y Calcuta, tiene una mala costumbre: no rechaza pacientes que no puedan pagar la consulta. La gente se aprovecha de ti, se queja la madre de Priya, Bina. ¿Qué habrían hecho si Bina no fuera una bordadora talentosa, tan demandada por sus kanthas de boda? Bina tiene razón. Aun así, Nabakumar es el héroe de Priya.

Por las escaleras aparece Manorama, la hermana de Somnath, la encargada de la casa desde que su esposa murió al dar a luz a su único hijo, Amit. Manorama lleva el sari blanco prescrito para las viudas, pero el suyo es de un algodón elegante. Las joyas están prohibidas, pero de su cintura cuelga un enorme llavero de plata con todas las llaves de la casa salvo la de la caja fuerte de Somnath. Todos tienen que pedir a Manorama lo que necesitan.

Las pakoras se enfrían, dice Manorama.

—¡Llévatelas! —grita Somnath. Se irrita cuando las partidas se vuelven tensas—. Cien veces te lo he dicho, no me molestes cuando estoy jugando. Si pierdo con esta jovencita será por tu culpa.

Manorama se muestra impasible.

—Si pierdes será porque Priya es mejor que tú. ¡Al menos déjala comer!

Priya muerde una pakora.

—Gracias Pishi. Puedo comer y pensar al mismo tiempo a diferencia de ciertas personas...

Manorama ríe. A su manera seca, siente cariño por Priya. Una vez le dijo que, si bien su hermana mayor, Deepa, era la belleza del pueblo (tez clara, labios como pétalos de rosa,

ojos conmovedores, cabello como una cascada), Priya era más admirable porque no mentía, no era una sabelotodo, no era mezquina. Priya se lo había agradecido, pero en su interior se encogió de hombros. La vida era demasiado corta como para desperdiciarla en trivialidades cuando además tenías un objetivo.

\*\*\*

Hay mucha conmoción abajo. Una puerta se cierra con fuerza, pisadas irregulares sobre la larga entrada de grava y Priya contiene la respiración. Es Jamini, su hermana del medio, que la llama con voz estridente por su nombre completo.

—¡Bishnupriya! ¡Mamá quiere que vayas a casa!

Jamini nació solo trece meses antes que Priya, pero parece que hubiera más diferencia de edad. Quizás sea por la manera en que se viste: blusas decorosas de mangas largas y saris almidonados, rígidos, para que la gente la tome en serio. Lleva el cabello recogido en un rodete con el que parece demacrada. Priya lo nota, pero como a Jamini no le gusta recibir consejos de sus hermanas, opta sabiamente por el silencio.

Le gusta dar órdenes a Priya y, en gran medida, Priya lo permite. La pierna izquierda de Jamini es algo más corta que la derecha, lo que la hace renquear un poco; Nabakumar la llevó a un cirujano en Calcuta cuando era niña. Las mujeres del pueblo murmuran que nadie se casará con ella y esto entristece a Priya. Ella tiene planes más ambiciosos y no considera que el matrimonio sea algo crucial, pero sospecha que para Jamini significa mucho.

Aun así, no permite que Jamini interrumpa su partida.

—Iré a casa cuando termine.

—No debería tomar mucho tiempo —anuncia Somnath—. Estoy a punto de ganar.

Con una sonrisa traviesa, Priya coloca su alfil entre su propio rey y la reina de Somnath.

—Puedes subir y comer algunos dulces mientras esperas —le ofrece Manorama. No le agrada Jamini, Priya la escuchó decir que es demasiado soberbia, pero los Chowdhury son amables con los invitados, incluso con los que llegan de improviso.

Jamini, delicadamente, le responde:

—Muchas gracias pero hoy no, Pishi. Estoy ayudando a mamá a cocinar para Baba...

—¿Baba está en casa? —Priya se levanta haciendo temblar el tablero con su entusiasmo—. ¿Por qué no lo dijiste?

Somnath frunce el ceño.

—Nabakumar volvió temprano de Calcuta. Me pregunto por qué será, no le gusta cambiar su rutina.

A Jamini le encanta ser la que sabe.

—Pasó algo en la clínica, te lo contará mañana. Debo irme ahora, no quiero perderme las historias de Calcuta de Baba. Priya, querida, tómate tu tiempo y termina tu juego, estoy segura de que a Baba no le molestará.

Priya está demasiado acostumbrada a las provocaciones de Jamini como para reaccionar. Mira a Somnath con pesar, él asiente con comprensión, mira apenada su plato con los bocadillos sin comer y se despide de Manorama.

Pero entonces se oye el galope de un caballo. Los darwan abren los portones con el emblema de un gran león y un semental negro entra con Amit sobre su lomo. Su mejor amigo, dos años mayor que ella, acaba de volver de estudiar de Calcuta. Lleva un pantalón jodhpur importado y una camisa de muselina: demasiado elegante para el pueblo y Priya se burla de él. Es un jinete excepcional, alto y robusto, lo suficientemente fuerte como para controlar al caballo más salvaje, aunque esto no se lo dice... él ya tiene la autoestima muy alta.

Detiene su caballo con un movimiento de muñeca, se baja y la llama por el nombre que le puso cuando eran niños.

—Pia, no puedes irte tan temprano. Calculé mi viaje para volver justo cuando terminarás tu aburrida partida de ajedrez, tengo mucho que contarte sobre mi vida en Calcuta...

Jamini lo interrumpe.

—Priya tiene que ir a casa. Ahora.

Priya se pregunta por qué ese tono. Jamini es cortés con todos menos con sus hermanas, pero desde que Amit regresó está un poco más áspera.

—¿Desde cuándo eres la guardiana de Pia? —responde Amit. Jamini lo enfrenta, preparada para responderle.

Priya apoya una mano comprensiva sobre el brazo de Amit. Él tiene un temperamento impetuoso y no quiere que estalle ahora.

—Baba volvió a casa sin avisar, llevaba fuera dos semanas...

La expresión de Amit se relaja; Priya siempre puede calmarlo.

—Quieres verlo, claro. Iré contigo. Me encanta escuchar las noticias que trae Nabakumar Kaku. Déjame devolver a Sultán al mozo de cuadra...

Jamini lo interrumpe.

—Hoy no es un buen día para tener visitas, papá quiere una cena tranquila y familiar.

Priya, ya enfurecida:

—¡Amit también es parte de la familia!

Esta vez es Amit quien toca su brazo.

—Lo veré en otro momento.

Pensar en su padre evita que Priya empiece una discusión.

—Vendrá mañana para conversar con Somnath Kaku, lo acompañaré y podremos hablar entonces —dice mientras lanza una mirada incisiva a Jamini—, sin interrupciones.

\*\*\*

Jamini se detiene en la capilla de Pir Moyinuddin (un santo musulmán amado por todos en el pueblo) camino a casa. Priya está molesta.

—Dijiste que tenías prisa y no me dejaste hablar con Amit.

—Da mala suerte —dice Jamini— pasar por un lugar sagrado sin rezar. En cuanto a Amit, Priya eres demasiado afectuosa con él. Ya no eres una niña. Tienes que comportarte o avergonzarás a nuestra familia. ¿No ves lo poco que maduró Amit? Se preocupa solo por su ropa elegante, por sus caballos y por sus amigos ricos de Calcuta, todos holgazanes y derrochadores. Oí decir que ni siquiera aprobó sus exámenes...

Priya prefiere no discutir con Jamini porque es hábil para tergiversar las palabras, pero hoy está demasiado furiosa para ser prudente.

—Deberías avergonzarte por repetir chismes tan sucios como esos. Conozco a Amit, es una buena persona y tiene razón, no eres mi guardiana. A menos que Baba diga lo contrario, seré tan amigable como quiera con él.

Empieza a caminar más rápido para que Jamini no pueda seguir su paso y golpea algunas rocas en el camino. Pasa sin ver las cosas que ama: un campo de flores doradas y mostazas, garzas de un blanco plateado que se alimentan entre los juncos. Siempre le resulta fácil ignorar los comentarios de Jamini. ¿Por qué la ha alterado tanto hoy?

\*\*\*

La hora de la cena. Las tres hermanas están reunidas alrededor de Nabakumar, sentadas en el suelo de su casa de dos habitaciones. Todas tienen un gran parecido, pero de

algún modo se ven tan diferentes que un extraño no creería que pertenecen a la misma familia: Deepa resplandece segura de su belleza; Jamini tiene la tez pálida de virtud y anhelo reprimido; Priya brilla, apasionada y decidida. Bina, la madre, habitualmente seria y preocupada, hoy está radiante porque su esposo está en casa. Preparó un pescado hilsa con salsa de mostaza, un plato caro por el que hizo un viaje especial al mercado de pescados. Debió tomar dinero de su caja fuerte, cree Priya, dinero que estaba ahorrando con dificultad para las dotes de sus hijas.

Las dotes, o su ausencia, es una causa constante de tensión en la casa. Si bien Nabakumar no está tan entusiasmado por enviar a sus hijas a vivir a la casa de sus suegros, Bina siente que se deben casar pronto. Mira con ojos acusadores a su esposo y comenta que en el pueblo la mayoría de las chicas de su edad ya están comprometidas o casadas. Bina tiene ambiciones para sus hijas, le gustaría casarlas con familias pudientes y respetadas. Pero sin dotes suficientes, ¿qué posibilidades tienen? Su voz se vuelve dura cuando recuerda a su esposo que cuanto más crezcan, menos opciones tendrán.

Priya no quiere casarse y la idea de la dote la enfurece. ¿Una mujer no es lo suficientemente valiosa por sí misma?, se pregunta. Cuando un hombre lleva a su novia a vivir en su casa, ¿acaso la familia no está consiguiendo un ama de casa a la que nunca pagarán? Pero es una batalla perdida. Incluso un hombre idealista como su padre piensa que la costumbre está demasiado arraigada como para combatirla.

Pero hoy Bina está de buen humor y sonrío tímidamente cuando Nabakumar elogia su plato. Jamini se levanta para servir más, aunque él le dice que puede hacerlo solo. Priya está sentada más cerca de Nabakumar, preguntándole sobre los nuevos casos en su clínica en Calcuta, hasta que Bina dice:

—¿Hace falta hablar sobre sangre, pus y vómitos durante la cena? Deja que Baba coma en paz.

Nabakumar guiña un ojo a Priya cuando Bina no está mirando. *Más tarde*, gesticula. Su pequeño secreto.

Nabakumar disfruta mucho cada oportunidad que tiene de expandir los horizontes de sus hijas. Él, siendo un cantante talentoso, les enseñó muchas canciones de Tagore. Deepa y Jamini aprendieron rápido, tienen buen oído, pero Priya (y en esto se parece a su madre) directamente no puede cantar. Pero sabe todas las letras y le encanta escucharlo cantar, en especial las canciones patrióticas que son las favoritas de su padre. Por alguna razón Bina no las tolera; Priya ha notado que cuando ella está cerca, Nabakumar canta melodías inocuas que alaban la belleza de la naturaleza.

Nabakumar habría mantenido a las chicas en la pathshala del pueblo hasta que terminaran el último año, pero Bina dijo: suficiente, qué hombre quiere una mujer que sepa más que él. Pero él siempre les llevaba libros de texto, apuntes y las incentivaba a preparar sus exámenes desde casa. Sus hermanas no mostraron interés, pero Priya estudiaba por su cuenta y obtenía calificaciones altas. Quizás por eso la quiere más a ella: se ve reflejado en su sed por conocer el mundo.

Ahora había empezado a incursionar en la política, su otra pasión. En su juventud había sido un luchador por la libertad; insistía en que su familia debía saber lo que estaba pasando en su país. Son tiempos excitantes y difíciles de discusiones crudas entre el virrey Wavell, Nehru y Jinnah, mientras Gandhi queda relegado y facciones opuestas alzan sus cabezas como la hidra. Nadie puede ponerse de acuerdo sobre la forma que debe tomar la India independiente, dice con tristeza. ¿Quién sabe cuán escabrosa será la transición del poder?

Priya ansía saber más, pero Bina lo interrumpe.

—¿Podemos hablar de algo pacífico y feliz?

En el silencio incómodo que se produce aparece Deepa con una expresión encantadora que ningún hombre puede resistir, ni siquiera su papá.

—Baba, ¿cuándo me llevarás a Calcuta? Me prometiste el año pasado que iríamos de compras al Nuevo Mercado...

Las chicas no van a Calcuta desde hace años. El único recuerdo que Priya tiene de la ciudad es de los pavos reales que chillaban en un zoológico que visitaron cuando era niña. Esto se debe, en parte, a que, si bien no está muy lejos, llegar a Calcuta es toda una hazaña. En Ranipur no hay una estación. Los viajeros deben caminar durante dos horas o tomar un carruaje tirado por búfalos (que no es mucho más rápido) hasta Baduria y desde ahí tomar un tren. Pero el motivo real es este: a Bina no le gusta la gran ciudad, no confía en ella.

Ahora, Nabakumar, avergonzado, admite que le debe un viaje a Deepa. Frunce el ceño pensativo.

—Puedo llevarte en dos semanas.

Priya quiere acompañarlos, ver su clínica y la Universidad de Medicina de Calcuta donde él estudió. Jamini también levanta la vista con ojos suplicantes.

Bina responde con un no tajante, luego cede un poco.

—Es demasiado caro para que vayamos todas. Deja que vaya Deepa. Puede llevar uno de mis kanthas para mostrárselo a los vendedores del Nuevo Mercado. Quizás alguien quiera comprar mi trabajo.

Deepa, la mayor y la favorita, a quien Bina le da los dulces más grandes, los mejores saris en la época del Durga Puja, quien duerme junto a ella cuando Baba se va a Calcuta, dice:

—Estoy segura de que encontraré un comprador para tus bordados hermosos, Ma. Guárdame el kantha de la boda. Es el mejor trabajo.

Una buena elección, admite Priya; Deepa tiene buen ojo. El kantha muestra a una novia viajando a la casa de su esposo en palanquín. Tiene hojas de palmeras al viento, ríos con peces que saltan del agua, el novio y sus amigos triunfantes en sus caballos, la novia que se asoma con curiosidad desde el palanquín. Bina tardó una semana en hacer la puntada invisible en los bordes, incluso con la ayuda de Jamini.

Nabakumar habla decidido.

—Iremos los cinco. Serán unas vacaciones familiares. Preguntaré a Somnath si podemos quedarnos en su casa de Calcuta ya que está vacía la mayor parte del tiempo y nuestro único gasto serán los billetes del tren. Puedo pagarlos.

Bina frunce el ceño.

—Pero ¿es seguro? En el bazar, la gente dice que habrá una manifestación grande.

—No hay nada de qué preocuparse. Los políticos siempre organizan *hartales* —dice Nabakumar tocándole la mejilla a Bina—. Será un regalo especial. Te he dado muy pocos, querida.

Una sonrisa ilumina el rostro de Bina, los años desaparecen y baja la cabeza con timidez. Priya ve a la joven luminosa que debió de ser, hipnotizada por el apuesto médico que visitaba su pequeño pueblo. Se habían enamorado y se casaron sin el permiso de la familia, algo inusual en aquella época.

Nabakumar se vuelve hacia Jamini. Puede que ame más a Priya, pero es justo con todas sus hijas.

—¿Qué te gustaría hacer en Calcuta, hija mía?

Jamini piensa y con su respuesta desconcierta a todos.

—Quiero ir al cine y ver una película inglesa. El padre de Bela la llevó al Metro Cinema el año pasado. Tenía sillones de terciopelo rojo y...

Bina pregunta a Jamini si acaso son dueños de un campo de arroz enorme como el padre de Bela. Le recuerda que apenas sabe inglés.

Jamini se sonroja. Mira su thala y juega con un trozo de pescado. Priya quiere defenderla, pero eso solo la perjudicará.

Nabakumar dice:

—Iremos a ver una película inglesa, Jamini querida, si eso es lo que pide tu corazón.

Jamini ofrece una sonrisa trémula y distante. En su cabeza ella ya está en el Metro, sentada en su sillón de terciopelo.

Nabakumar se levanta para lavarse las manos. Deepa dice:

—Parece que ya terminaste de comer, Jamini. ¿Puedo terminar lo que dejaste?

Priya mira a su mamá: seguro que dirá que no a esta petición irracional. Pero como no dice nada, Deepa se inclina y come el pescado.

\*\*\*

La casa está en silencio ahora, los faroles apagados y la familia preparada para la noche, los padres en una habitación, las hijas en viejas mantas sobre el suelo de la sala. Como venganza por haberle robado el pescado, Jamini se quedó con el lugar de Deepa junto a la ventana, mucho más fresco. Deepa se va a regañadientes hacia el segundo mejor lugar al final de la habitación y Priya se acuesta en el medio de las dos. Le importan poco este tipo de cosas.

Se despierta cuando oye unos golpes frenéticos, hay alguien afuera que grita Daktar-babu, una emergencia. Deepa se queja y se tapa la cabeza con la almohada, Jamini se levanta asustada y Priya abre la puerta. Su visitante nocturno es un joven pescador desesperado: su esposa está dando a luz desde la mañana, pero el bebé no puede salir y la partera dice que ya no puede hacer nada.

Despeinado y con el pijama arrugado, Nabakumar va a la habitación a buscar su maletín con el instrumental de trabajo. Bina frunce el ceño.

—Parece difícil.

La voz de él es sombría, sus palabras entrecortadas.

—Sí. No me esperes.

Bina suspira. Después de estar viajando todo el día, Nabakumar necesita dormir. Y este caso traerá poco dinero, si es que trae algo. Aun así se levanta de la cama, guarda un par de saris viejos y limpios en una bolsa y, después de un momento, agrega una manta para bebés.

Priya sigue a Nabakumar.

—¡Por favor, déjame ir contigo! Podría ser de ayuda tener un par de manos extras.

Bina está escandalizada.

—Una chica que no está casada no puede estar en un parto.

Priya teme que Nabakumar piense lo mismo. No porque sea indecoroso (pensamientos como esos no se le ocurren a él), sino por no hacer enfadar a Bina. Aunque también porque tal vez no crea que Priya pueda ser útil. Hasta ahora solo lo ha ayudado en tareas sencillas en su clínica en Ranipur: coser alguna herida, sajar algún forúnculo, recetar medicamentos para la malaria. Pero asiente. *Trae los faroles. Dos. Rápido.* Se da cuenta de que espera más problemas de los que puede manejar solo.

Caminan por la noche sofocante hacia el barrio de los pescadores. Caminos más estrechos, chozas inclinadas unas sobre otras como si estuvieran ebrias. El hombre, cuyo nombre es Hamid, los lleva hacia la más pequeña. La luz tenue de un farol humeante y una mujer embarazada que respira con dificultad sobre una alfombra. La partera asustada les dice que los latidos del bebé son muy débiles.

—Puede haberse enredado con el cordón umbilical —dice Nabakumar. Se desinfecta las manos, examina a la paciente—. Tendré que abrirla. Cloroformo.

Priya aparta todos sus miedos y sigue sus instrucciones:

presiona un trapo embebido en cloroformo sobre el rostro de la paciente hasta que se relaje, limpia la barriga con antiséptico e indica a Hamid y a la partera que mantengan firmes los faroles. Priya le alcanza a Nabakumar el instrumental que necesita: bisturí, tijeras, pinzas. *No te asustes cuando salga sangre oscura de la incisión.* La mujer llora de dolor. *Tranquila, tranquila.* Más cloroformo, cuenta las gotas con una mano firme, mantiene abierta la piel sangrante. Nabakumar levanta a un bebé varón, corta el cordón enredado como una serpiente alrededor del cuello; lo levanta del pie, lo golpea en la espalda y se lo entrega a la partera cuando empieza a llorar, no hay tiempo para complacencias, sutura a la mujer, limpia la sangre, corta trozos de los saris de Bina. Venda la herida, le pone una inyección de penicilina y dice al abrumado Hamid lo que debe hacer hasta su próxima visita.

Entonces, Priya recuerda algo. Empieza a buscar en su bolso y le entrega a Hamid la manta para bebé.

Con los ojos estupefactos, el pescador pasa sus dedos reverentes sobre esa suave tela con un dibujo de mariposas. Es uno de los diseños más simples de Bina, pero Priya se da cuenta de que nunca tuvo algo tan delicado. Hamid los acompaña en silencio, pero en la puerta llora otra vez, mientras intenta encontrar las palabras para mostrarles su gratitud y entregar a Nabakumar un puñado de monedas.

Nabakumar le dice que no con un gesto de su mano pero no le hace sentir que lo está despreciando.

—Tráenos algunos pescados cuando la pesca sea buena —dice.

Hamid asiente. Se va caminando con los hombros más erguidos y la frente en alto.

Priya piensa cuánto he aprendido de Baba sobre medicina y sobre decencia humana.

Reúne el coraje en el umbral de la casa dormida.

—Cuando tomé el bebé de tus manos, sabiendo que habría muerto de no ser por nosotros, sentí una emoción que nunca había experimentado. ¿Lo hice bien?

—De maravilla, tranquila y eficiente, la asistente perfecta.

Está algo mareada por el cansancio, aterrada y esperanzada a la vez.

—¿Me dejarás ir a la Universidad de Medicina en Calcuta, entonces? Quiero ser médica. Es mi sueño...

Baba aparta la mirada.

—Estoy demasiado cansado para discutirlo ahora mismo.

No es del todo cierto, la interrumpe cada vez que saca el tema. Pero es su hija, heredera de sus genes y de su terquedad. No se rendirá.

\*\*\*

En el balcón de la mansión de Somnath hay té Darjeeling y bizcochos Britannia. Los hombres debaten sobre Calcuta.

—Mucha gente, más cara y sucia cada año que pasa —dice Somnath estremeciéndose ligeramente—. Los soldados firangi arruinaron nuestra ciudad.

Nabakumar no está de acuerdo.

—Vivir en el pueblo te ha vuelto blando, provinciano y gordo. Diré a Manorama que no te dé más rasgullas; me escuchará, soy tu médico después de todo.

—Eres el diablo, eso es lo que eres —responde Somnath, que tiene debilidad por los postres.

Cuánto disfrutaban sus peleas estos dos que se quieren como hermanos. Priya bebe su té y piensa con alegría en la esposa de Hamid, Fátima, a quien fueron a ver más temprano hoy. La encontraron sentada y amamantando al bebé, envuelto en la manta de Bina. Su sonrisa tímida, sus suturas limpias y sin infecciones.

La conversación ahora gira en torno de la clínica en

Calcuta que Nabakumar administra con su amigo de la universidad, el doctor Abdullah Khan. Como sus precios no son altos, se ha vuelto bastante popular entre la gente más pobre. Se forman largas filas en la puerta del edificio con enfermos esperando estoicamente, haya sol o truene. Pero la semana pasada una mujer colapsó mientras esperaba y casi se muere.

—Tenemos que añadir una sala de espera y cuanto antes —dice Nabakumar—. Por eso estoy aquí, en la puerta de tu casa otra vez, Somu, mendigando. —Su risa está teñida de incomodidad. Prefiere ser él quien haga los favores.

—¿Qué es esta tontería de mendigar, Nabo? Dime cuánto necesitas, enviaré un mensaje a Munshiji en Calcuta y tendrá el dinero listo en dos semanas. Pero no entiendo por qué esa clínica en ruinas es tan importante para ti. ¿No extrañas estar con tu familia, en especial con tus encantadoras hijas, que pronto se casarán y se irán? Si quieres ayudar a los pobres no faltan en Ranipur.

Nabakumar se pone serio.

—Los pobres de Ranipur tienen un lugar al que llamar hogar, aunque solo sea una casucha. Pueden vivir de la tierra o del río. Cuando es temporada de cosecha, o cuando se tiene que cavar un estanque o construir un establo, alguien los contrata. La mayoría de ellos sabe a dónde pertenecen. Pero en Calcuta los pobres no tienen raíces, no tienen esperanzas. Muchos viven en las calles, constantemente hostigados por la policía. La hambruna de hace tres años, cuando miles de personas hambrientas inundaron la ciudad, lo empeoró todo. No te gusta escuchar esto porque haces negocios con los británicos, pero fueron ellos quienes cortaron el suministro de arroz a Bengala y un millón de personas murieron. Vi los cuerpos apilados en las esquinas, Somu, nada más que piel y huesos; aún puedo verlos en mis pesadillas... —Su voz se quiebra—. Por eso tengo

que trabajar en Calcuta, entre los pobres anónimos. Es mi pequeña ofrenda a mi tierra.

Priya vio las penurias provocadas por la hambruna en su pueblo, pero la conmociona saber la cantidad de personas que sufrieron y cuánto. El dolor de su padre lastima su corazón. Hace una promesa: si el universo le permite llegar a ser médica, ella también ayudará a los desamparados.

—Eres modesto, Nabo. Tus ofrendas están lejos de ser pequeñas. No solo tratas a los pobres gratis, sino que también envías dinero a la Harijan Sevak Sangh de Gandhi...

Nabakumar lo interrumpe; no le gusta hablar de su generosidad.

—También tengo algunas razones egoístas para pasar tiempo en Calcuta. Me mantiene en contacto con lo que está pasando a nivel político en el país y me permite no estancarme profesionalmente. Me encuentro con enfermedades poco comunes, Abdullah me comparte las publicaciones médicas, implementamos nuevas curas promisorias. Para mí, la clínica es como el oxígeno.

Las palabras de Nabakumar resuenan en Priya. ¿No había sentido el mismo entusiasmo cuando traía a casa un nuevo libro médico, cuando discutía un caso extraño con ella? El cuerpo humano es intrincado, un misterio. Ayudarlo a escapar de las garras de la muerte es una aventura sin fin.

Somnath dice:

—Nuestra Priya tiene una mirada solemne. ¿Qué tienes dando vueltas por tu cabeza, muchachita?

Sabe que a Nabakumar no le gustará, pero el incentivo de Somnath logra sacarle las palabras de la boca.

—Quiero ser médica como Baba. Curar enfermedades difíciles, aprender sobre los últimos tratamientos, ayudar a los pobres. Quiero ir a la Universidad de Medicina en Calcuta —Se muerde la lengua para no hacer una acusación traidora: *pero él no me deja.*

Somnath responde:

—Si hay una mujer que puede hacerlo, Priya, seguro que eres tú. Ya eres de gran ayuda para tu padre en su clínica aquí, incluso lo ayudaste anoche cuando nació el bebé de Hamid —dice mientras ríe al ver su expresión desconcertada—. Ah sí, tengo mis fuentes. Nabo, deja que nuestra Priya haga su examen de admisión a la Universidad de Medicina. Es tan brillante, estoy seguro de que aprobará con una altas calificaciones.

—No tienes idea de los prejuicios que tienen los administradores de esa universidad, la mayoría todavía son británicos contra las mujeres —dice Nabakumar acaloradamente—. La mayoría de las postulantes ni siquiera aprueba el examen escrito porque las evalúan con mayor severidad que a los hombres. Las pocas que aprueban por lo general quedan eliminadas durante la entrevista oral, donde el comité intenta intimidarlas. Las pocas que logran entrar, por lo general de familias influyentes a las que la universidad no puede oponerse tan directamente, abandonan al poco tiempo. El sobrino de Abdullah, Raza, que se graduó hace poco, nos contó historias horribles. Los profesores son mucho más duros con las mujeres que con los varones, les preguntan cosas que no se puede esperar que ningún estudiante de primer año sepa, las obligan a quedarse de pie durante la clase cuando no pueden responder. Les dan los cadáveres de los hombres para diseccionar en el laboratorio de anatomía o les piden que se encarguen de pacientes hombres con enfermedades sexuales o locos que las pueden agredir. Sus compañeros también se burlan de ellas y las ridiculizan, hacen bromas obscenas. No hay baños para mujeres en la universidad, y eso es deliberado, estoy seguro. No quiero que mi hija sea torturada de esa manera.

—No me importa —dice Priya—. No dejaré que trivialidades como esas me molesten. Les demostraré que puedo ser

tan buena como cualquier hombre. —Mira a Nabakumar—. ¿No me enseñaste siempre a alzar la voz contra las injusticias? ¿Cómo podemos aceptarlas, entonces? ¿Cómo cambiarán las cosas para las mujeres si nosotras y nuestras familias no estamos dispuestas a luchar por lo que más importa?

Amit aparece en el balcón.

—¿Con quién quiere pelear Pia?

—¡No me interrumpas! —responde cortante—. Estamos teniendo una discusión seria sobre mi futuro.

—Perdón —dice Amit, haciendo una reverencia elaborada que debió aprender en Calcuta. Sus ojos brillan traviosos. Debería estar más molesta. ¿Por qué nunca puede enfadarse con él?

—Dale la oportunidad, Nabo —dice Somnath—, se lo merece. Si le va mal el asunto termina ahí.

—¿Y si entro? —pregunta Priya.

—Entonces habrá otra discusión —contesta Somnath con voz tranquila.

Nabakumar, más reticente, agrega:

—Muy bien, puedes presentarte a los exámenes. No prometo nada después.

Priya abraza a Nabakumar y sostiene las manos de Somnath. De no ser por su apoyo y serenidad, Nabakumar se habría negado rotundamente.

—Me prepararé mucho para el examen. Te haré sentir orgullosa.

—Mejor prepárate para el matrimonio, aprende las habilidades que los hombres aprecian en sus esposas —dice Nabakumar entre dientes.

—¿Qué tal si encuentra un hombre que aprecie a una esposa con habilidades médicas? —bromea Amit.

Priya le da un golpe en el brazo.

—Deja de bromear sobre temas serios.

—Mis más sinceras disculpas. —Sus ojos traicionan su

entusiasmo; luego se ponen serios—. Ven a mi habitación, quiero mostrarte lo que te traje de Calcuta.

—Será mejor que no sea nada estúpido —dice. Luego la euforia se apodera de ella: va a presentarse al examen para estudiar medicina, su sueño se está empezando a hacer realidad. Sujeta el brazo de Amit—. ¡Apúrate, tortuga! —Bajan corriendo por la escalera.

Escucha a Somnath detrás de ella:

—Míralos pelear y reconciliarse, igualitos a nosotros.

—Así es. —Pero la voz de Nabakumar suena pensativa.

Priya puede sentir que la mira.

Somnath dice:

—La discusión me agotó. ¿Qué tal una canción, Nabo?

Su padre empieza a cantar. Su voz, levemente ronca, es la que más ama en todo el mundo.

—*Ei korechho bhalo, nithuro he, ei korocho bhalo.*

—Esa no. —Se queja Somnath—. Es muy deprimente.

—Pero Nabakumar continúa, inexorable.

*Emni kore hridaye mor teebra dahan jalo.*

*Amar e dhoop na poralay gondho kichhui naahi dhale*

*Amar a deep na jalaley dei na kichhui aalo.*

*Obraste bien, oh Inmisericorde,  
al quemar mi corazón.*

*Solo cuando el incienso arde, vierte su fragancia.*

*Solo cuando el farol se enciende, emite su resplandor.*

Priya está de acuerdo. Es una canción triste y se pregunta por qué le gusta tanto a su padre.

\*\*\*

Se sienta con las piernas cruzadas sobre la cama con dosel de Amit, tal como ha hecho siempre desde que tiene memoria. Es una cama grande, de más de cien años de antigüedad, tan alta que necesitaban un taburete para subirse.

Qué descuidado era dejando todos sus juguetes desordenados por el suelo, sus juegos de Ludo y Carrom. Tenía estanterías llenas de libros que abría solo cuando lo obligaban. Solía regañarlo por no cuidar mejor sus cosas, por no ser agradecido por lo afortunado que era. Pero no era tan afortunado, ya que estaba solo en esta casa sin madre, sin hermanos, con un padre que le prestaba poca atención y con una tía que le prestaba demasiada. Por eso Priya y él se habían hecho amigos: la necesitaba.

Amit no había cambiado en realidad. Sus pertenencias siguen tiradas por todas partes y se niega a dejar que las sirvientas o incluso Manorama las ordenen. Revuelve dentro de un baúl, lanzando ropa y zapatos por la habitación. Cuando Priya le pregunta qué estuvo haciendo en la gran ciudad, contesta con una alocada formalidad: nada adecuado para tus oídos inocentes.

—Aquí están —grita Amit—. Cierra los ojos.

Obedece suspirando de manera exagerada. En el pasado le traía cosas maravillosas: un globo con nieve falsa que flotaba por todas partes cuando lo agitabas, una caja con una bailarina que giraba mientras sonaba una música aguda diferente a cualquier melodía india que conocía. ¿Qué sería hoy?

La toma de las manos y le pone algo frío y pesado en ellas. Cuando abre los ojos se encuentra con un par de brazaletes de oro adornados con dos piedras rojas. Frunce el ceño.

—¿No te gustan? —Su voz suena insegura—. Los conseguí en P. C. Chandra, la mejor joyería de Calcuta... las piedras son rubíes, me pareció que te quedarían bien.

—¿De dónde sacaste el dinero? —Su voz denota una leve sospecha. Después de que Amit cometiera algunos delitos menores en los primeros años de sus estudios en Calcuta, Somnath le limitó los fondos significativamente.

—Ahorré mis mensualidades. No fui a ninguna fiesta en todo el año.

Ella está desconcertada. Amit nunca fue ahorrativo, un defecto comprensible en el heredero de una considerable fortuna.

Sonríe.

—Fue insoportable. Todos mis amigos se pusieron en mi contra, pero lo hice por ti.

A Priya se le cierra el pecho.

—No puedo aceptarlo. Es demasiado caro. —Empieza a quitarse los brazaletes, pero él sujeta sus manos con firmeza.

—Me haría feliz que los conservaras, Pia.

Duda. No porque quiera los brazaletes (no le importan mucho esas cosas), sino porque es su mejor amigo y no quiere lastimarlo.

—Mamá nunca me lo permitiría...

—No hace falta que se entere, guárdalos en algún lugar seguro. Será nuestro secreto.

En sus ojos descubre una mirada que no había visto antes, una mirada para la que no está preparada. Se siente aliviada de que Nabakumar la llame. Guarda los brazaletes en el bolso que lleva en la cintura. Hay un ladrillo suelto en la pared de la despensa de su casa, detrás de los frascos de granos, y un hueco detrás de este. Cuando era pequeña escondía pequeños tesoros allí: esconderá los brazaletes hasta que encuentre una manera de devolverlos.